

«con arreglo á las órdenes de V. P. Quedé sumido en el estupor, «y mis cabellos se erizaron. Muchas veces he leído y experimentado la verdad de estas palabras: *El espíritu está pronto, mas la carne es flaca*. Pensaba también en el furor del Duque y de «su concubina. Sin embargo, me he acriminado mi cobardía, y «he dicho para mí: vale mas que perezca uno solo, que el honor «de toda la Compañía, con gran detrimento de las almas. El 28 «de abril llamé á mi cuarto al Padre que habia venido un instante al colegio, y que ni aun soñaba en la próxima ejecucion de las «amenazas tantas veces reiteradas. Le leí clara y distintamente, «en presencia de otros dos Padres, la fórmula de la excomunion, «que escuchó hasta el fin, saliendo del colegio triste y abatido.»

Separado Cheminot de la comunión de los fieles, habia pasado á ser un objeto de repulsion y de escándalo para sus hermanos y demás católicos; por lo que, conociendo tanto él como el Duque que no podian hacer frente á la Santa Sede, se sometió el excomulgado al General, manifestó un profundo arrepentimiento de sus errores, y se puso á la disposicion de Vitelleschi. Los Jesuitas entre tanto, después de perdonarle el daño que habia acarreado á su Orden, arrastrados tal vez por el movimiento de los ánimos, ó repugnándoles quizás conducir al tribunal de la opinion pública un negocio en que se veia tristemente mezclado el empleo de confesor, condenaron al olvido los documentos que acabamos de aducir; mientras que estos documentos, en vez de presentar como culpable á una sociedad en masa, solo dejan á la historia el derecho de acusar á un solo individuo de ella.

CAPÍTULO XXV.

Posicion que toma el General de la Compañía de Jesús en Roma.— Los Jesuitas en Italia.— El P. Gonfalonieri evangeliza en Córcega.— Su sistema para reprimir el robo.— Nuevos colegios.— Muerte de Paulo V y de Belarmino.— El P. Mazarini y Juana de Austria.— Insurreccion de la Valtelina.— Llamaman á los Jesuitas.— Negativa del General.— El papa Urbano VIII.— Canonizacion de san Ignacio de Loyola y de san Francisco Javier.— Ambicion del P. Vermi.— Es electo obispo.— Es excomulgado.— Misiones en Sicilia.— El P. Pepé y los odios sicilianos.— Peste en Palermo.— Es nombrado visitador el P. Piccolomini.— Año secular.— Fiestas de los Jesuitas.— La *imago primi saeculi*.— Muerte de Vitelleschi.— Congregacion general.— Es nombrado general el P. Caraffa.— Su muerte.— Eleccion de Piccolomini.— Nueva congregacion.— El cardenal de Lugo.— Muerte de Piccolomini.— Nombramiento del P. Gottifredi.— Su muerte.— Eleccion del P. Goswin Nickel.— Los Jesuitas en Inglaterra bajo el reinado de Carlos I.— Convierte el P. Fischers á la condesa de Buckingham.— Reaccion puritana.— Carácter de Carlos I.— Fermentos de revolucion.— Son perseguidos los Jesuitas por los Puritanos.— Agréganse al partido de Carlos.— Impuestos contra los Católicos.— El Parlamento y los Jesuitas.— Ejecucion de los PP. Holland y Corby.— El embajador de Francia y la duquesa de Guisa en su calabozo.— El P. Mors en la víspera de su suplicio.— Condena el Parlamento á los Jesuitas por ser sacerdotes católicos.— Muerte de Carlos I.— Acusan á los Jesuitas de haber provocado el regicidio.— El ministro Pedro Jurieu y los Jesuitas.— La república inglesa y Cromwell.— Las Cabezas-Redondas en Irlanda.— La peste y sacrificio de los PP. Dillon, Valois y Dawdal.— La décima congregacion general expide un decreto para que cada provincia de la Orden se encargue de formar un Jesuita irlandés.— Son perseguidos los Católicos.— La Fronde y los Jesuitas.— Misiones de san Francisco Regis en el Vivarés y en Velay.— Sus virtudes y amor á los pobres.— Su muerte.— El P. Mannoír en Bretaña.— El P. Macedo en la corte de Suecia.— Cristina y el Jesuita.— Iniciala secretamente en los misterios de la fe.— Termina Descartes su conversion de consuno con los PP. Casati y Molinio.— Abdica y se hace católica.— Es restablecida en Venecia la Compañía.— Su situacion en Europa y en el Nuevo Mundo.— Nombres ilustres que recibe en su seno.— Mr. Guizot y los Jesuitas.— Injusticias del calvinismo.

La influencia ejercida en Europa por los Jesuitas es un hecho incontestable; y su accion tampoco tiene necesidad de ser demostrada: solo puede concebirse una idea de las obras que en el mismo espacio de tiempo han podido realizar en Italia, si se para la

atención en los grandes resultados que obtuvieron aun en medio de insuperables obstáculos. El generalato de Vitelleschi fue para la Orden de Jesús una era de prosperidad, á pesar de que por una extraña coincidencia de sucesos es en la misma época en la que se paraliza el poder exterior del General. Hasta entonces, Ignacio de Loyola, Laynez, Francisco de Borja y Aquaviva, habian sido el centro á donde todo se dirigia; ellos habian dirigido el timon del Instituto, desplegando todo el lleno de su santidad, virtudes, talentos y rigor; pero desde el mando de Vitelleschi, los jefes de la Sociedad van á oscurecerse, porque aun cuando gobernarán con el mismo prestigio de autoridad que sus predecesores, y aun cuando por todas partes encontrarán obediencias activas, corazones que tengan una especie de júbilo en someter su cerviz al yugo, é inteligencias superiores que se sometan sin murmurar; mas esas inteligencias, que se harán grandes en todos los hemisferios, y que consumarán grandes cosas tanto en las letras como en las ciencias y civilización, están destinadas á sobrevivir á la tumba; el nombre del jefe que los habrá amaestrado en el combate y en el triunfo, solo será conocido de los Jesuitas. Los generales de la Compañía desaparecen desde este momento, y parecen reservarse un papel pasivo en la historia, cuando la Sociedad de Jesús va á llenar en su apogeo los anales del mundo con la multiplicidad de sus trabajos.

Estas reflexiones tienen un principio de aplicación aun bajo el régimen de Mucio Vitelleschi. Este hombre á quien el soberano pontífice Urbano VIII llamaba el Ángel, por su carácter dulce y la inocencia de su vida, no ejerció acción alguna ostensiblemente determinante sobre los Jesuitas; satisfecho con crearse un empleo de consejero ó precursor secreto de sus hermanos, se ocultó, por decirlo así, en el recinto del Gesu, y se limitó á estimularlos por medio de este retiro voluntario. Desde allí se consagró exclusivamente á calmar las efervescencias del celo, á excitar el valor, á dar impulso á los talentos, y á desarrollar las virtudes; pero con dificultad se le advierte surcar por este océano de hechos á que ha dado origen, y apenas se le ve tomar la iniciativa pública de una medida importante en medio de todas las ilustraciones del martirio, apostolado, ciencia ó gloria literaria que va á evocar. Vitelleschi ha trazado á sus sucesores el papel que adoptó: contentóse con ser un amigo, un padre y un regulador de los

Jesuitas, que van á combatir á la luz del día y en secreto. La Europa no ha escuchado el eco de su fama, ni ha llegado á su noticia su nombre, como los de Loyola, Laynez, Borja y Aquaviva; y apenas podrá la misma Roma tener presente su memoria, y decirnos si ha sentido el contrapeso de su poder, á pesar de que los Jesuitas no trabajaban con menos ardor en Italia que en el resto del mundo.

Mientras que el P. Pedro Ferragut, compadecido de los prisioneros, y secundado por el duque de Osuna, virey de Sicilia, fundaba en Nápoles la cofradía de la Misericordia por los años de 1617, un decreto del Senado ponía al año siguiente la ciudad de Mantua bajo el patrocinio de san Luis Gonzaga. En Luca el P. Constancio, que acababa de acompañar á Petrucci en su visita á la diócesis de Sena, es elegido como medianero entre las autoridades eclesiástica y civil, ó sea entre el obispo Alejandro Guidiccioni y los habitantes, llegando á calmar los ánimos y terminar las diferencias. El P. Gonfalonieri pasó á evangelizar en Córcega. Esta isla, cuyas costumbres casi salvajes no podían ser desarraigadas sino por el influjo de la Religión, habia, digámoslo así, consagrado el robo, viniendo á ser en sus habitantes una segunda naturaleza: las leyes eran impotentes, y ninguna fortuna estaba segura; mas no tardó el Jesuita en suplir la falta de energía de las autoridades por medio de una industriosa combinación, llegando á obtener de todos los que habian sido ladrones y robados, es decir, de la casi totalidad, una espontánea donación, y un perdón recíproco de todos los daños mutuamente irrogados. Después que los Jesuitas, que trabajaban de concierto con Gonfalonieri, decidieron al pueblo de las campiñas á aceptar la transacción, para evitar en lo sucesivo la renovación de semejantes delitos que engendraban tantos odios entre las familias, impuso el Misionero un convenio mutuo que fue insertado en los registros públicos, y en el que se ordenaba que en caso de robo, á mas de quedar el culpable obligado á la restitución, pagaría una multa al fisco, y una suma de dinero á la Iglesia, proporcionada al valor de la cosa robada. Obligábanse tambien los corsos por la misma ley á denunciar á los magistrados á los autores de todos los robos que fuesen descubiertos en el acto: así es, que componiéndose la policía de los mismos interesados, produjo en pocos dias resultados tan felices, que nadie temió en adelante por

su fortuna. En todas partes se creaban colegios de la Compañía, en Siracusa, Tarento, Monteleone... Isabel Feltria, princesa de Bisiniano, construía en Nápoles, de consuno con Roberta Caraffa, una casa profesa. Catalina de la Cerda, condesa de Lemos y vi-reina de Sicilia, mandaba erigir á sus expensas un colegio: Ge-rónimo Portelli, rico comerciante de Roma, dotaba á la ciudad de Spoleto, su patria, con un establecimiento semejante; mien-tras que Julian Bucconio, comerciante de Savona, y Marco An-tonio Doria fundaban otro en dicha ciudad. En Parma, el duque de Rainucci; en Ravena, el arzobispo Capponi, y en Faenza el cardenal Valenti, favorecían la extensión del Instituto: todos es-tos príncipes, eclesiásticos ó seculares, miraban en los Jesuitas unos auxiliares indispensables.

Paulo V iba á morir, y queriendo este Pontífice antes de su muerte recompensar los servicios que el Instituto había prestado al catolicismo durante su pontificado, trató de promover al car-denalato á su general Mucio Vitelleschi. Á la noticia de semejan-te proyecto, reunió Vitelleschi á sus asistentes, y después de su-plicarles que procuren con todas sus fuerzas desviar el golpe que le amenazaba, apela á la fuga, como el único recurso que le que-daba. La muerte de Paulo V, á quien sucedió Gregorio XV (de la familia de Ludovisio) no dió lugar á que el P. Baltasar, asis-tente de Francia, pusiese á los piés del Papa las alarmas de la Compañía y los terrores del General. El 17 de setiembre de es-te mismo año (1621); terminaba el cardenal Belarmino con la mas santa muerte una existencia de setenta y nueve años, con-sagrada toda entera á inmensos y prolongados trabajos¹. La Igle-

¹ El cardenal Belarmino había intervenido por órden del Papa en 1612 en las contiendas suscitadas entre la Inquisición y Galileo. Segun el historiador Guicciardini, ministro plenipotenciario á la sazón de Toscana en Roma, « Ga-lileo pedía que el Papa y el Santo Oficio declarasen el sistema de Copérnico « fundado en la Biblia. » La corte romana nombró una comisión de cardenales y literatos, presidida por Belarmino. Este apreciaba los talentos de Galileo, aunque no aprobaba todas sus teorías: encargado de participarle que la Santa Sede vería con disgusto que continuase sosteniéndolas, le dejó marchar en se-guida como había llegado. Hizo mas: en 1620, y á propuesta de Belarmino, fue autorizado el filósofo para explicar su sistema como una mera hipótesis astro-nómica; pero en 1632, después de la muerte del Jesuita-cardenal, Galileo, de-jándose arrastrar por la fuerza de sus demostraciones, volvió á enseñar lo que antes, viéndose sentenciado en 21 de junio de 1633 por una comisión compues-ta de siete cardenales, á tres años de cárcel. Esta severidad solo se redujo á la

sia católica lloró al grande hombre que perdía, mientras que la Compañía colocó en el rango de sus mas acrisoladas glorias al Cardenal que había formado ella misma, y que había permaneci-do Jesuita, tanto bajo la púrpura como en el rincón de su celdilla. Un mes antes acababa de espirar el hermano Juan Berchmans, jóven que seguía las huellas de Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka, muriendo también como ellos en la flor de su edad.

El 5 de noviembre había muerto de repente en Bolonia un Je-suita, cuyo nombre ha llegado en Francia á granjearse una in-mensa celebridad: era este el P. Julio Mazarini, tío del Cardenal ministro durante la Fronde; hombre que, como su sobrino, y co-mo casi todos los Jesuitas, no poseía esa elasticidad de carácter italiano que, con cierto fondo de hilaridad francesa y de hombría de bien alemana, es el distintivo sello de la Orden de Jesús. Du-

fórmula, pues Galileo solo permaneció ocho días de su arresto en la Minerva, en el aposento de un amigo suyo y uno de los jefes de la Inquisición, pasando el resto de su condena en el palacio del ministro de Toscana, su mas ardiente partidario. Este arresto ha prestado suficiente materia á los herejes y sofistas para desencadenarse contra la intolerancia de Roma. Quien le supone cargado de cadenas, quien torturado y condenado á las agonías del aislamiento; siendo mirado todo esto como un artículo de fe por los incrédulos. Pero Mallet-Du-pan, á quien su calvinismo ginebrino no impedía ser un crítico imparcial, publicó en el *Mercurio de Francia* del 17 de julio de 1774, una carta autógrafa de Galileo que desmentía palpablemente esta farsa de persecución. La carta en cuestión existe aun: es tan clara y tan auténtica, que no deja lugar á la duda, al paso que se da en ella un solemne mentis á los historiadores filósofos y poe-tas; si bien es verdad que en nada ha modificado los errores del vulgo. « El « Pontífice, escribe Galileo á su discípulo el P. Receneri, me trató como á un « hombre digno de su aprecio, dándome por cárcel el delicioso palacio de la « Trinita del Monte. Cuando llegué al Santo Oficio, después que el Padre co- « misario me presentó con finura y agasajo al asesor Vittrici, dos dominicos « me intimaron obsequiosamente que adujese mis razones, las cuales obliga- « ron á mis jueces á encogerse de hombros, único recurso de las almas preo- « cupadas. Me he visto precisado á retractar mi opinión; y para castigarme me « han prohibido conversar con nadie, y me han despedido después de haber pa- « sado cinco meses en Roma. Como la ciudad de Florencia era á la sazón victi- « ma de la peste, me designaron como morada el palacio de mi mejor amigo « el arzobispo de Sena, donde he disfrutado de la mas dulce tranquilidad: en « la actualidad me encuentro en mi campiña de Arcetra, donde al fin respiro el « aire libre de mi cara patria. »

Si se comparasen las cartas de los hombres que la libertad, la filantropía ó las revoluciones han condenado al cautiverio con el escrito de Galileo, no sería la Inquisición romana la que llevaría la nota de fanatismo y crueldad.

ro é inflexible, habia este Jesuita inaugurado su carrera oratoria lanzando diatribas contra san Carlos Borromeo, terminándola con hacer de Juana de Austria, nieta de Carlos V, una irreconciliable enemiga de la Sociedad. Treinta años antes se le habia visto en Génova resistir á las súplicas y amenazas de toda la ciudad, y exigir sin dilacion la marcha del P. Loarte, que los habitantes querian conservar. Inmutable su voluntad de hierro á los embates de la edad y de las desgracias, las mismas Constituciones de Ignacio no fueron tampoco capaces de doblegarla. En medio de estos arrebatos, tan extraordinarios en un Jesuita, se hallaba dotado de un gran talento oratorio, y no estaba desprovisto de virtudes; pero la acrimonia de su genio debia comprometer siempre y do quiera á la Compañía. Nombrado en este mismo año (1621) superior de la casa profesa de Palermo, y habiéndole manifestado Juana de Austria el deseo que abrigaba de tener á su lado un Jesuita, como predicador de su real casa, contestó: «Nuestro templo está abierto para todo el mundo, y los oficiales de la Princesa no deben tener á menos el frecuentar una iglesia á donde acuden las personas del mas alto rango.» Pero, conociendo que después de semejante contestacion no podia menos de comunicársele otra nueva orden, se retiró espontáneamente, legando á los Jesuitas enemistades, cuya causa estaba tan en oposicion con su carácter.

En 1612 los herejes habian arrojado de la Valtelina á los Jesuitas, y en 1621 Jaime Robustello, ayudado secretamente del duque de Feria, gobernador del Milanesado, excitó á los habitantes de aquellos valles católicos á sacudir el yugo de los grisones. Pocos dias antes de hacer estallar la revolucion, el duque de Feria previene al P. Menochi, provincial de Milan, y le pide Jesuitas para fortalecer el valor de los sublevados. La Religion no era mas que un pretexto para tomar las armas; Menochi lo comprende, y responde que los Padres del Instituto no deben tomar parte ni con palabras ni con acciones en los intereses políticos. La empresa de los Católicos tuvo buen resultado: apenas dueños de sí mismos, llaman á los Jesuitas expulsados de su territorio por la herejía. Menochi consulta al obispo de Como, que extiende su jurisdiccion á la Valtelina. Durante este tiempo los grisones abren las hostilidades, y el general Pimentel al frente de la caballería española marcha para resistirles. Pimentel va acompa-

ñado de dos Jesuitas, Horacio Torelli y Francisco Reina, hijos de aquellos valles, teatro entonces de la guerra. Vitelleschi les manda retirarse; mas se interponen los ciudadanos de Ponte, dentro de cuyos muros fundara Antonio Quadrio un colegio de la Compañía, y declaran «que es preciso restablecer por todos los medios posibles la muy ilustre Compañía de Jesús, á fin de que la universidad de Ponte y las ciudades vecinas puedan gozar de los frutos abundantes y saludables que este santo Instituto produce de continuo por medio de la enseñanza.»

Los Jesuitas se dejaron vencer, cediendo á un deseo manifestado por toda una poblacion.

Entre tanto los monarcas de Europa, y entre ellos el emperador Fernando, Luis XIII, Felipe de España, Segismundo de Polonia, Maximiliano de Baviera y los príncipes de Italia, impulsados por el ejemplo de Enrique IV, solicitaban la canonizacion de Ignacio de Loyola y de Francisco Javier; y el Oriente, á quien el apóstol de las Indias habia anunciado el cristianismo, unia sus instancias á las de los soberanos católicos. Paulo V habia beatificado á estos dos hombres que honraban á la Iglesia tanto por sus virtudes creadoras como por sus milagros; y Gregorio XV, educado desde su infancia en el colegio Germánico, no creyó deber dilatar por mas tiempo el homenaje solemne que exigia la memoria de tan grandes héroes. En el consistorio celebrado en 12 de febrero de 1622 pronunció el panegirico de ambos Santos; celebró en 15 de marzo la fiesta de su canonizacion¹; pero anticipándose la muerte á su deseo, dejó á Urbano VIII el cuidado de terminar su obra. Este Pontífice, en el mismo dia de su elevacion al solio,

¹ Gregorio XV adoptó dos textos de la sagrada Escritura al panegirico que pronunció de estos dos Santos. Hablando de Ignacio dijo: «Fuit magnus secundum nomen, maximus in salutem electorum expugnare insurgentes hostes ut consequeretur haereditatem Israël.» (*Eccli. XLVI, 2*). Y hablando de Javier: «Ecce dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terrae.» (*Isaias, LXIX, 6*.)

Los Jesuitas debian mucho á Gregorio XV y al cardenal Ludovisio, su sobrino, que habia mandado construir á sus expensas la iglesia de san Ignacio del colegio Romano. Los restos de este Papa fueron trasladados algunos años después de su muerte á dicha iglesia, panteon de la familia Ludovisio. Los Jesuitas erigieron al tio y sobrino dos magníficos mausoleos, y queriendo tener presente la memoria del beneficio, mandaron grabar en el mármol esta inscripcion, modelo de estilo lapidario: UNUS IGNATIUM ARIS, ALTER ARAS IGNATIO.

publicó las bulas apostólicas, por las cuales reunía la Iglesia en un mismo altar al fundador de la Compañía de Jesús, y al sublime discípulo que había conducido la fe á los confines de la tierra. El Papa hablaba en nombre del catolicismo, y al compendiar la vida de san Ignacio, recopilaba la de sus hijos y el objeto de la Sociedad. «Este era, decía, el hombre á quien Dios había elegido por sí mismo, para que fuese el jefe de los que debían conducir la buena nueva de su santo nombre á las naciones y á los «pueblos, atraer á los infieles al conocimiento de la verdadera «fe, á los herejes á la unidad, y defender la autoridad de su Vicario sobre la tierra.»

El 6 de agosto de 1623 subió al trono pontificio el cardenal Maffeo Barberini, sugeto de apacibles costumbres, y tan profundo helenista¹, que la Europa ilustrada le apellidaba la *Abeja ática*, de un ingenio recto y juicioso, á pesar de poeta, soberano que hermanaba la energía á la moderación, inauguró Urbano VIII su dominación con la canonización de dos Jesuitas, y la continuó sosteniéndolos á través de las crisis que el jansenismo preparaba á la Iglesia. En los primeros días de su pontificado distinguióse en la Compañía un sentimiento de ambición personal. El P. Onufrio de Vermi había llegado á insinuarse en Nápoles en el favor de los grandes; confesor del conde de Elda, general de las galeras de Sicilia, y admitido en la intimidad del cardenal Doria, del virey Francisco de Castro, y de Filiberto de Saboya; Vermi, á pesar de las órdenes de su provincial, hizo un viaje á Madrid, donde la Reina de España le tenía preparada una mitra. Pero apenas había llegado á noticia de la corte romana este deseo de la Princesa, cuando Vitelleschi remitió al mencionado Jesuita los despachos de expulsión, que aceptó sin vacilar, siendo en seguida promovido al obispado. Mas, como si un pensamiento ambicioso en un miembro de la Sociedad fuese suficiente para acarrear la desgracia del que le abrigara, Onufrio de Vermi, obispo de Scala, cae de error en error y de crimen en crimen, falleciendo en breve, desgraciado, desterrado y entredicho por la Santa Sede.

¹ Llámase en la actualidad helenista al sugeto versado en el idioma de los Homeros y Demóstenes. En la antigüedad se aplicaba este nombre al hebreo de Alejandría que hablaba el griego, al judío que abrazaba los usos griegos, ó al griego que abrazaba el judaísmo. Derívase su etimología del nombre de la mujer de Menelao y concubina de Páris. (N. del T.).

El ascendiente de los Jesuitas era incontestable: su talento, costumbres y política encerraban un no sé qué, que entusiasma- ba á la muchedumbre, y la arrastraba do querían los Padres. Ya no se negaba ni aun se combatía su influencia; habían sabido captarse de tal modo la afición de ese pueblo italiano, cuyas pasiones están tan fraccionadas como sus principados, que valiéndose de unos medios incógnitos aun á los ministros de estos pequeños Estados, gobernaban y dirigían, viéndoseles mas de una vez ser el único recurso de los soberanos. Al paso que en 1624 acababan de organizar en Girgenti las nuevas misiones para la ciudad y las campiñas, en Castro-Nuovo, donde habían estallado y se agravaban cada vez mas los odios sicilianos, fue elegido como árbitro entre ambos partidos el P. Pepé, que acababa de llegar á esta ciudad en compañía del P. Alfonso Bucconio. Ya en esta época habían tratado de interponer, aunque en vano, su autoridad el cardenal Octavio Rodolphi y el virey Filiberto de Saboya; pero apenas estuvo al frente el Jesuita, cuando convoca al clero, á los magistrados, á la nobleza y al pueblo, y arrodillándose á los pies de estos enemigos irreconciliables, se los besa con humildad, llega á enternecerlos con sus discursos, y á la mañana siguiente, reunidos todos en el templo, recibieron en señal de reconciliación, y de mano del Padre, al mismo que murió predicando el perdón de las injurias y el olvido de las ofensas. En Palermo hizo la peste horrorosos estragos en 1624; y siendo impotentes los esfuerzos de Filiberto para conjurar tamaños desastres, mandó llamar á los Jesuitas, que se lanzaron impávidos á la muerte; falleciendo víctimas de su caridad los PP. Pedro Curtio, Gerónimo Calderari, José Zafarana, el escolástico Cagliano y los coadjutores Santiago Amato, Mario Scaglia y Plangio. El P. Merulla, que había desertado de la Compañía, solicitó reingresar en ella; y habiéndosele otorgado esta gracia, quiso para merecerla compartir el martirio de aquellos héroes de la caridad cristiana, y desembarcando en Palermo, murió víctima de su compasión nacida del arrepentimiento. De la misma manera sucumbieron en 1630 los PP. Vicente Galetti, Buongiorno y Platamónio.

El peligro reinaba en todas partes en Sicilia. Apenas habían transcurrido algunos meses desde que la Sociedad había experimentado tantas pérdidas, cuando, para alentar á los que tuvieron la dicha de sobrevivir á sus colegas, emprendieron la visita de esta